

debido al impulso del doctor Tamez Guerra, de dos publicaciones que en su momento fueron pieza importante en el engranaje cultural universitario: la revista *Armas y Letras*, que viera la luz primera bajo la iniciativa del licenciado Raúl Rangel Frías, y el periódico *Vida Universitaria*.

Con renovado vigor y con la colaboración de prestigiadas plumas, ambas publicaciones han recuperado en la administración de Tamez Guerra su papel protagónico y reflejan, en sus respectivos campos, el quehacer, el sentir y la proyección hacia la sociedad, de la comunidad universitaria.

Es necesario, para tener una visión de lo que ha sido la difusión cultural en los 66 años de vida de la Universidad de Nuevo León –ahora y desde 1969 autónoma–, hacer un viaje en el tiempo y remontarse, mediante la consulta de documentos diversos, a las épocas que ha vivido nuestra *Alma mater*.

El presente trabajo de investigación fue una encomienda del Departamento de Difusión Cultural, dependiente de la Secretaría de Extensión y Cultura, área en que actualmente colaboro, motivo por el cual creo oportuno agradecer la confianza depositada en mi persona para tan loable encomienda; pues reseñar la historia de la difusión cultural de nuestra querida Universidad representa una gran responsabilidad tanto institucional como profesional; por tal motivo espero que el presente trabajo permita al lector repasar en el tiempo y el espacio acontecimientos que han dejado huella en nuestra comunidad, en nuestro Estado y en nuestra muy querida Universidad de Nuevo León.

I. La primera universidad

Muchas almas generosas, muchas inteligencias preclaras, muchas férreas voluntades llevaron a feliz término, en el ya remoto –pero cercano en el ánimo y en la emoción interna– año de 1933, la creación de la Universidad de Nuevo León.

Fue su creador el entonces gobernador de la entidad, don Francisco A. Cárdenas, que recibió decidido apoyo del secretario de Educación Pública, licenciado Narciso Bassols, pero muy en particular de todos los nuevoleonenses y regiomontanos amantes de la cultura y de la universalidad, que lleva implícita en sí misma una institución de educación superior como la que es ahora nuestra *Alma mater*.

Preñado de fechas importantes estuvo ese 1933:

- El 22 de febrero llegó a Monterrey, comisionado por el secretario de Educación Pública, Narciso Bassols, a fin de organizar la primera Universidad de Nuevo León, el doctor Pedro de Alba.
- Tres días después, el 25 de febrero, quedó constituido el Comité Organizador de la Universidad de Nuevo León.
- El Congreso del Estado promulgó, el 31 de mayo, la Ley Orgánica de la Universidad de Nuevo León.
- El 24 de septiembre (domingo, por cierto), tuvo lugar la solemne apertura de cursos del primer año lectivo, en el Teatro Independencia, conocido posteriormente como Rex, y que fue derribado con motivo de las obras de la Gran Plaza, o Macropiazza, como es más conocida.
- El 25 de septiembre se iniciaron formalmente las clases en la Universidad.

- El 4 de octubre asumieron sus cargos los integrantes del Consejo Universitario, en ceremonia celebrada en el Salón de Actos de la Escuela Normal.
- El 17 de diciembre, el Consejo Universitario designó primer rector al licenciado Héctor González, quien era director de la Facultad de Derecho.
- El 20 de diciembre se llevó a cabo la inauguración del Aula Magna de la Universidad y la instalación del primer claustro universitario, con asistencia del gobernador, don Francisco A. Cárdenas; del rector, licenciado Héctor González; del secretario general, doctor Pedro de Alba, y del ministro de Educación Pública, licenciado Narciso Bassols.
- El 21 de diciembre, en sesión extraordinaria del Consejo Universitario, el licenciado Héctor González asumió oficialmente su puesto como primer rector de la máxima casa de estudios de Nuevo León.

Antecedentes

Llegar a esa ansiada meta, perseguida durante años por muchos nuevoleonenses ilustres, no fue tarea fácil.

Desde el momento en que se hizo pública la idea de crear dicha institución de educación superior, surgieron y se dieron a la luz pública encontradas opiniones aunque —es de justicia señalarlo— en su mayor parte favorables al proyecto.

No podía faltar con este motivo, la opinión de un regiomontano ilustre, el más universal de los regiomontanos, don Alfonso Reyes quien, no obstante que por entonces se encontraba en misión diplomática en el cono sur del continente, estaba siempre pendiente de lo que acontecía en su entrañable terruño.

Y escribió con este motivo —por el valor de su testimonio, permítaseme una extensa cita— nuestro Alfonso Reyes:

He estado leyendo estos días algunos artículos, exposiciones y planes provocados por el proyecto de crear la Universidad de Nuevo León. La realidad me ha sorprendido, llegando a pasos agigantados, y me encuentra casi desprovisto. Mis reflexiones son, pues, de primer intento, y con rubor descubro en mí mismo una extraña falta de preparación para meditar sobre lo que será o deba ser la Universidad del Norte de México. Y los que se hallen en mi situación deben confesarse conmigo que esta falta de preparación acusa un estado de primitivismo o virginidad política nada halagüeño para aquellos que lo padecen. Pues situado México como está, y aceptados los destinos geográficos y étnicos que le cumple realizar, nada debió ser más familiar al pensamiento de todos los mexicanos que el programa de crear, por allá en el regazo de las que llamaba Manuel José Othón “Montañas Épicas”, una sólida y coherente organización de la cultura nacional, para que ella responda ante la historia de los compromisos de salvaguardia y de frontera [...]

La ciudad regiomontana [recordemos que eran los albores de la década de los treinta] comienza a contar como una unidad positiva hace menos de medio siglo. Una administración cuyos méritos sólo unos cuantos obcecados se atreven ya a escatimar, la dotó entonces de grandes centros fabriles, y educó a sus hijos en las intachables prácticas del trabajo [...] Sin asomo de ironía pudiera afirmarse que el regiomontano es un héroe en mangas de camisa, que es un paladín en blusa de obrero, que es un filósofo sin saberlo, un gran mexicano sin actitudes estudiadas para el monumento, y hasta creo que un hombre feliz [...]¹

Pero hemos llegado a una hora en que el hombre aparece preocupado —y con razón— por resolver la circunstancia de su convivencia con el hombre. No nos bastaría ya con el antiguo humanismo, hecho de cultura literaria; no nos bastaría con el que nació del positivismo, hecho de cultura científica. Necesitamos completar el cuadro de urgencias actuales, dando sitio en la nueva Universidad a una forma de cultura política [...] Sería el

¹ Alfonso Reyes “Voto por la Universidad del Norte”, Río de Janeiro, Brasil, 1933, p. 5-14.

orgullo de los mexicanos del Norte –tan conocidos por la franqueza y llaneza con que abordan, plantean y atacan sus conflictos públicos–; sería el orgullo de la Universidad de mi tierra –tierra donde el derecho obrero mexicano dio sus primeros pasos, sin alarmar ni escandalizar a nadie porque era un crecimiento natural de aquel suelo– el dar por primera vez asilo a un programa amplio y cabal de cultura política. La impreparación política, junto con la impreparación sexual, será, en la historia, el mayor escollo con que haya tropezado la humanidad contemporánea. Yo sé bien que hay, entre nosotros, hombres representativos de intereses comunes que, al menor desconcierto de la cosa pública (¡y a tantos estamos expuestos!), echarían a andar su motor y, en pocas horas, se trasladarían a Laredo, Texas, con armas y bagaje. Y es fuerza que esto no acontezca; es fuerza que nuestra morada no amenace a nadie con inútiles sobresaltos, y que, en el peor de los casos, el morador esté preparado para afrontar tempestades, con los recursos que le proporcionen su ética y su ciencia. Sólo la cultura política puede precavernos, hasta donde ella admite ser objeto de ciencia y de estudio desinteresado: “cultura” he dicho y no “barbarie”. Los timoratos han de convencerse e que no nos queda más salida que el ir cediendo a las novedades de que el tiempo viene cargado. La cultura quiere alumbrar por igual a todos los hombres y este todos-los hombres lleva en sí el postulado político: Oigan los que saben oír, hagan los que saben hacer. La cultura debe ser popular, y nadie tuerza mis palabras ni piense que he dicho demagógica. He aquí, al abrir sus puertas la Universidad de Nuevo León, el voto que ofrezco a mis paisanos, sin más título que el de ser el más modesto industrial nacido a los pies del cerro de la Silla: aquel que sólo produce y elabora, en pequeña escala, unas cuantas palabras. Eso sí: palabras sinceras.²

Nuestra Universidad

Los periódicos locales *El Porvenir* y *El Sol* se hicieron eco de

² *Ibid.*, p. 33.

la inquietud popular por crear la Universidad. El ensayo histórico escrito por Gerardo de León, hace alusión a lo publicado en *El Porvenir*, el 22 de octubre de 1932:

En el número del 21 de este mes, menciona *El Porvenir*, en el artículo referente a la ciudad universitaria (firmado por el ingeniero Gustavo W. Fernández), la factibilidad de hacer que el edificio “Álvaro Obregón” sirva a la vez de escuela industrial y de facultad de ingeniería. La idea no podría ser más atinada. De este modo (y aquí empiezan mis sugerencias) tendríamos el Colegio de Ingeniería en el extremo oriente de la Avenida Madero, en la proximidad de las principales industrias, mientras que en el extremo poniente de la misma avenida, al torcer al sur podríamos tener la Escuela de Medicina junto al Hospital que está por construirse en ese lugar.

El problema monetario debe atacarse mediante una campaña parecida a la que llevó a cabo la Cámara de Comercio hace algunos meses para adquirir la ambulancia. Sólo que este movimiento deberá ser más extenso y abarcar a todos los habitantes del estado que puedan dar de un peso para arriba. Comisiones de donantes deben formarse para que recaben fondos y otorguen a los donantes un prendedor que diga: “Yo construí la Universidad” o algo parecido [...]

Respecto al nombre que deberá llevar la Universidad, ¿no es más lógico que sea el de UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN? A medida que el tiempo avance, los demás estados, o los más importantes, querrán tener su Universidad cada uno, y entonces la “Universidad del Norte” no significará nada. ¿No es el gobierno de Nuevo León, no son los hombres de empresa de Nuevo León, no son sus estudiantes los que van a construir la Universidad? ¿No va a ser ésta nuestra Universidad? Universidad de Nuevo León, pues.³

³ Gerardo de León, en *El Sol*, 1932, num. 21, Monterrey.

Surgieron desde luego algunas opiniones contrarias, que sugerían debería respetarse el proyecto inicial de la Universidad del Norte, en la que lógicamente se incluiría a los estados de Tamaulipas y Coahuila.

Génesis de la Universidad

Don Francisco A. Cárdenas asumió el cargo de gobernador de Nuevo León el 4 de octubre de 1931 y, tras rendir su protesta de ley, externó su determinación, en sus primeras declaraciones a la prensa regiomontana, de "allanar el camino para la creación de la Universidad del Norte".⁴

Ya con anterioridad había surgido en los medios estudiantiles de la ciudad la inquietud de contar con la Universidad, pero esta idea apenas esbozada nunca fue tomada en serio por los representantes de la autoridad. Solamente el licenciado Aarón Sáenz, antecesor de don Francisco A. Cárdenas en la gubernatura de la entidad, se hizo en cierta forma eco a esta idea en ciernes, al declarar, en su último informe de gobierno, rendido en el salón de sesiones del Congreso local, el 16 de septiembre de 1931: "Estamos en posibilidad de que el próximo gobierno, mediante una detenida y seria consideración, pueda enfrentarse de manera franca con el estudio de la conveniencia de establecer la Universidad de Nuevo León".⁵

El gobernador Cárdenas empezó a dar los pasos conducentes a la realización de su proyecto, y fue así como en 1932, enviado por la Secretaría de Educación Pública, llegó a Monterrey el doctor Pedro de Alba, quien había sido director de la Escuela Nacional Preparatoria, cargo al que renunció para

⁴ Francisco A. Cárdenas, *Primer Informe de Gobierno*, Monterrey, N. L., 4 de octubre de 1931.

⁵ Aarón Sáenz, *Cuarto Informe de Gobierno*, Monterrey, N. L., 16 de septiembre de 1931.

aceptar la nueva encomienda. Su misión, oficialmente calificada como "viaje especial de inspección", consistía en auscultar a los diferentes sectores de la población de la entidad y estudiar la posibilidad de crear una universidad en la capital de Nuevo León. Al término de su viaje, volvió a asumir la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria.

Mientras el enviado del gobierno federal hacía su labor, las autoridades locales y los estudiantes daban también importantes pasos en el mismo sentido. En efecto, durante la celebración del IX Congreso de la Federación Nacional de Estudiantes, celebrado en la capital del Estado de México en 1932, la ponencia de la delegación nuevoleonense fue para destacar el proyecto relativo a la fundación de la Universidad del Norte, en Monterrey.

Y esto fue así porque en un principio el proyecto consistía en que la institución de educación superior que se iba a fundar en la capital de Nuevo León daría servicio no sólo a esta entidad, sino a las de la región noreste del país.

Por esa época, las escuelas de educación superior en Nuevo León funcionaban de manera independiente. Entre las principales figuraban las de Jurisprudencia, Medicina, Normal, Colegio Civil y de Farmacia, cuyas comisiones estudiantiles, después de varias juntas celebradas en el curso de octubre, enviaron al Congreso del Estado, a fines del mismo mes, un oficio relativo al proyecto para la organización de la Universidad en Monterrey.

En respuesta surgida una semana después, los diputados del Congreso local externaron su beneplácito por tal iniciativa, manifestación a la que se sumó el gobernador Francisco A. Cárdenas, el 6 de diciembre del mismo año.

Vuelve el doctor Pedro de Alba

A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron

de manera incontenible: en el mismo mes, Cárdenas dio a conocer la inminente visita, en plan de trabajo, de elementos enviados por la Secretaría de Educación Pública; el propio gobernador viajó a la ciudad de México en los primeros días de febrero de 1933, a fin de entrevistarse con el licenciado Narciso Bassols, secretario de Educación Pública, quien poco después anunciaba su determinación de apoyar al estado para la creación de la Universidad del Norte.

En congruencia con tal decisión, regresó a la entidad, el 22 del mismo mes y año, el doctor Pedro de Alba quien, como lo declaró, "debía intervenir en aspectos que se le considerara útil", para lo cual estaría en la ciudad "todo el tiempo que sea necesario para dar término a la gran obra que se inicia".

Entrevistado por reporteros del periódico *El Porvenir*, De Alba dio a conocer que las autoridades de Nuevo León contaban con el apoyo moral de la federación a fin de llevar a feliz término la creación de la Universidad y externó la posibilidad de que, más adelante, este apoyo moral se concretara en algún subsidio económico, en el envío de elementos para que formaran parte del cuadro docente, o en la aportación de recursos materiales para las construcciones necesarias.

Daba a conocer asimismo la posible promoción de visitas temporales:

O el establecimiento definitivo de algunas de las personas especializadas en las principales disciplinas científicas, artísticas o filosóficas, para que coadyuven a la exaltación de los más altos valores del pensamiento contemporáneo y dejen luego una simiente fecunda en toda la región, que es un campo admirablemente preparado.⁶

Y declaraba:

⁶ Tomas Mendirichaga Cueva, "La primera Universidad de Nuevo León", en *Humanitas*, anuario del Centro de Estudios Humanísticos, UNL, núm. 8, Monterrey, 1967, p. 373.

Mi concepto de Monterrey es de que ha servido de guía y de modelo a una infinidad de aspectos de la vida social y económica de la ciudad de México. Por lo tanto, el establecimiento aquí de un centro revelador de alta cultura como lo es la Universidad, le dará a esta ciudad la significación elevadísima no sólo en la parte material, sino que vendrá a ser también un faro, una antorcha para el mantenimiento de los impulsos espirituales.⁷

De Alba externaba su confianza en la preparación y capacidad intelectual de los regiomontanos, por lo que

la obra principal (en cuanto a la organización de la nueva Universidad) será de los mismos regiomontanos; es decir, el pie veterano de antiguos profesores del prestigiado Colegio Civil, de la Escuela de Derecho y de la Facultad de Medicina, quienes al fundarse la Universidad contarán con más elementos materiales y con un mejor ambiente para sus estudios.⁸

El Comité Organizador

En reunión de trabajo celebrada el 25 de febrero de 1933 en la antigua Escuela de Jurisprudencia, bajo la dirección del doctor Pedro de Alba, y con la presencia de representantes del Gobierno del Estado, del Ayuntamiento de Monterrey, de los directores de cada una de las escuelas superiores de la ciudad y de un alumno representante de cada una de ellas, se verificó la integración del Comité Organizador.

En el mismo quedaron: presidente honorario, el gobernador, don Francisco A. Cárdenas; presidente efectivo, licenciado Pedro Benítez Leal, exgobernador de la entidad y a la sazón director del Colegio Civil; primer vicepresidente, licenciado Héctor González; segundo vicepresidente, doctor

⁷ *Universidad de Nuevo León*, Monterrey, UNL, 1933, p. 23.

⁸ *Ibid.*, p. 23.

Procopio González Garza; secretario general, doctor Pedro de Alba; secretario de actas, profesor Plinio D. Ordóñez; primer prosecretario, señorita María de la Luz González, y segundo prosecretario, señor César R. Ramírez; tesorero, profesor Joel Rocha; protesorero, señor David Alberto Cossío, y vocales: señor Eusebio de la Cueva, doctor Nicandro L. Tamez, señorita Belem Garza, ingeniero Spencer Holguín, profesor Juventino Torres, profesor Juan F. Escamilla, señor Federico Gómez, señorita Ana María Delgado, señor Rubén Castillo, señor Guadalupe R. de los Santos, señor Roberto Cantú, señor Eduardo Livas Villarreal. Quedó pendiente, por el momento, el representante que habría de designar el Congreso del Estado.

Miembros honorarios

Por otra parte, se elaboró una larga lista de personas que serían consideradas miembros honorarios del Comité Organizador. Figuraban en la relación, entre otros destacados personajes, el licenciado Aarón Sáenz, exgobernador de Nuevo León, quien a la fecha ocupaba el cargo de jefe del Departamento Central del Distrito Federal; ingeniero Plutarco Elías Calles Jr., primogénito del expresidente de la república, y por entonces alcalde de Monterrey; el exgobernador, licenciado José Benítez; licenciado Narciso Bassols, secretario de Educación Pública en el gabinete del presidente Abelardo L. Rodríguez; licenciado Alfonso Reyes; señor Nazario Ortiz Garza, gobernador de Coahuila; doctor Rafael Villarreal, gobernador de Tamaulipas; general Rodrigo Quevedo, gobernador de Chihuahua; general Carlos Real, gobernador de San Luis Potosí, y el doctor Pedro de Alba.

Plan orgánico de labores

Una de las primeras providencias adoptadas por el Comité Organizador de la Universidad de Nuevo León, bajo la presidencia del licenciado Benítez, fue la elaboración de un plan orgánico de labores, cuyos puntos principales fueron:

- I. El Comité funcionaría en dos secciones. La primera, denominada Comité General, estaría integrada por los miembros designados por el gobernador, y por los representantes de las instituciones invitadas. La segunda, llamada Comité Técnico Consultivo, congregaría en su seno a directores y alumnos de las escuelas superiores del estado, a los directores de educación federal y estatal, y a los representantes de las autoridades estatales y municipales, así como al representante del Congreso del Estado y al doctor Pedro de Alba.
- II. Este Comité Técnico Consultivo fue a su vez dividido en dos comisiones, una de las cuales formularía el proyecto de Ley Orgánica universitaria, en tanto que el otro estudiaría y propondría las reformas necesarias a la entonces vigente Ley General de Educación.
- III. La comisión encargada de formular la Ley Orgánica quedó integrada por: licenciado Héctor González, presidente; licenciado Pedro Benítez Leal, doctor Procopio González Garza, ingeniero Spencer Holguín, profesora Belem Garza y Guadalupe R. de los Santos, colaboradores.
- IV. Al frente de la comisión que analizaría las reformas a la Ley de Educación, quedó el profesor Plinio D. Ordóñez, en tanto que sus colaboradores serían: profesor Juan F. Escamilla, profesor Macario Pérez, señorita